

LOS GIGANTES DE SUMP

La historia de nuestra querida tierra Santa Elena, llamada Parcela de Dios por poetas , historiadores y escritores, se remonta a tiempos muy lejanos, mucho antes de la llegada de los españoles y de la civilización a la cual nos debemos en la actualidad, donde Otoy, hijo de Tumbé – cacique que reinó en la Península de Sump, controlaba con mano dura torturando y explotando a todos sus habitantes, donde los hombres eran sometidos a trabajos forzados y las mujeres se rendían a los antojos sexuales de aquel tirano cacique sumpeño.



Pero la cruda realidad de aquellos tiempos cambiaría con la llegada de repente de falsos dioses gigantescos, que aparecieron entre las cristalinas y mansas aguas en balsas desde el sur, trayendo consigo una falsa pero ansiada esperanza de libertad, que poco a poco se fue tiñendo de sangre por lo que debía de acontecer. La tierra temblaba con cada paso de los gigantes, sus ronquidos estremecían los frondosos árboles, llegaron hambrientos y de un golpe devoraron en cuestión de minutos a cien llamas y todo lo que encontraban a su paso. El pueblo sumpeño vio el despertar de estos demonios más despiadados que el príncipe Otoy, que no pudo resistir el ataque de los descomunales forasteros, muriendo tras ser amarrado a un tronco.



La voracidad de los gigantes era tremenda, indiscriminada e insaciable en la tierra y en el mar, por lo que hacían sentir su autoridad malévolamente ante los ojos de todos los sumpeños. La historia nos narra que intentaron saciar sus más bajos instintos sexuales violando inclementemente a las mujeres sumpeñas, pero debido a la diferencia de sus grandes tamaños, los enormes seres no lograron sus libidinosos objetivos. Según la leyenda, al ver los dioses de los Sumpas lo que sucedía con su pueblo y enojados por las atrocidades de los gigantes y sus actos sodomitas, decidieron librar a los desdichados habitantes de la maldad, provocados por los extranjeros sobrenaturales.

Los dioses de los Sumpas bajaron desde el cielo, armados de rayos y espadas de fuego en sus manos, desapareciendo uno por uno a los inmensos tiranos que cayeron doblegados sobre las fértiles tierras peninsulares. Con este esperado acontecer en la historia la prosperidad regresó a Sumpa y la felicidad colmo al pueblo por muchos años, hasta la llegada de los españoles. Pero el tiempo se detuvo, cuando los huesos de los exploradores e investigadores se helaron al observar el macabro hallazgo de la real existencia de nuestros ancestros, de aquellos hombres y mujeres que han formado y formaran para siempre parte de nuestra historia, porque los huesos y los restos de estos enormes seres fueron encontrados desde entonces, luego de la conquista de los españoles.



Desde ese entonces los historiadores como grandes artífices y modeladores de la historia han dado forma a la mitología existente en nuestras tierras, basándose en los descubrimientos de muelas, maxilares, costillas y otras piezas que pertenecieron a estos seres gigantes. Si, los Gigantes de Sumpa, los Gigantes de Santa Elena cuya historia inmortal no acabaría con la llegada de los españoles, mucho menos con la colonización de las tierras peninsulares, porque sus huellas quedarían marcadas en estos territorios desde el ayer hasta el mañana como una prueba eterna de nuestros orígenes. Dejándonos a aquellos que en sus tierras habitamos la fiel certeza de su existencia; para dejar de ser una simple y lejana leyenda, y convertirse en una verdadera e indudable realidad.



Debemos reconocer que somos ecuatorianos porque hemos nacido en esta hermosa nación, que somos la fiel existencia de la colonización española porque nos legaron su lengua y sus costumbres, pero sobre todo somos los artífices de nuestra propia originalidad al reconocer que hemos tenido la ferviente convicción de ser descendientes de los Sumpas, por su legado, su trabajo, fortaleza y unión provocando que nuestros pueblos peninsulares convertidos hoy en día en provincia alcance el progreso que todos anhelamos, queremos y merecemos para nuestras futuras generaciones.

Tumbe, el primer jefe de la tierra de Sumpa (Cabo de Santa Elena), fue querido y respetado por su bondad y sabiduría. Tenía Tumbe dos hijos: Quitumbe y Otoya; el primero se parecía a su padre, no así Otoya que era cobarde, ocioso y malo.

Tumbe, además de gobernar su pueblo, continuamente iba con sus guerreros para conquistar nuevas tierras: pero cierta vez un grupo de sus hombres más valientes se fue muy lejos y no regresó jamás. Tanta pena causó a Tumbe que cada día fue debilitándose y sintiéndose cercano a la muerte. Llamó a sus dos hijos y después de darles sabios consejos, acerca del gobierno de su pueblo, les encargó que buscaran a los guerreros desaparecidos y que no se olvidaran de buscar nuevas tierras.

Al morir su padre, Quitumbe se dio cuenta que era imposible gobernar y tener tratos con Otoya, por lo que una madrugada él con sus fieles vasallos partieron hacia el Sur, siguiendo la Costa.

En todo el camino nada supieron de los guerreros desaparecidos, pero pronto descubrieron un hermoso valle donde se fundó una ciudad a la cual llamó Túmbez en honor de su padre. Era tan hermoso el lugar que decidieron vivir en él. Otoya, contento por haberse quedado solo a gobernar la tierra de Sumpa y sin tener quien le impida, empezó a cometer toda clase de maldades.

Un día, se vio que por el océano se acercaban unas extrañas sombras. Todo el mundo corrió a la playa para averiguar de qué se trataba y vieron que eran unas embarcaciones muy grandes parecidas a las balsas; en ellas venían unos seres enormes que medían casi seis metros de altura. Al ver esto, los indios corrieron espantados gritando: ¡Los gigantes! ¡Vienen los gigantes!

En efecto, estos gigantes se apoderaron de Sumpa y se hicieron dueños de todas sus tierras, apresaron a Otoya y comenzaron a reinar ellos.

Los pobres habitantes cada día más desesperados no sabían qué hacer, pues los gigantes eran peores que Otoya y recorrían el país cometiendo toda clase de crímenes. Cierta día, mientras estos se divertían quemando las cosechas, vieron caminar sobre las aguas a un apuesto joven que, rápido como el viento, templó el arco y empezó a disparar flechas de fuego sobre los terribles gigantes; pronto estos ardían en llamas y quedaban reducidos a cenizas. Luego, el misterioso joven habló a los habitantes de Sumpa, diciéndoles que era un enviado del padre Sol, que pronto la prosperidad reinaría, sobre Sumpa y que tendrían paz y buenos gobernantes.

LOS GIGANTES DE SUMPA

Versión de Rafael Díaz Icaza



En tiempos muy lejanos, tan distantes que ni el más viejo de los narradores de cuentos y leyendas podría precisar, había en la población de Sumpa (lo que hoy es el cantón de Santa Elena) una especie de rey o cacique, muy admirado y respetado por su valentía y talento, a quien llamaban TUMBE.

Dicen las leyendas, que inmediatamente acabado el Diluvio Universal, llegaron a Sumpa algunos de los primeros hombres que repoblaron la Tierra. Y como la encontraron buena para la vida humana y pródiga para la agricultura y pesca, se establecieron desde la orilla del mar, hasta bien avanzado el interior.

Tumbe tenía dos hijos, Quitumbe y Otoya. Como era un gobernante emprendedor y ambicioso, envió en expedición a Quitumbe, con el encargo de descubrir nuevas tierras y añadirlas a su reino. Y Quitumbe las descubrió, tanto al norte, como al sur. Fundó el pueblo de Tumbes y puso los cimientos de algunas ciudades importantes como la que después sería la bella Quito.

Catari, un antiguo narrador de historias, de esos que antes de la llegada de los españoles eran llamados quipucamayos, afirmaba que Quitumbe dejó un descendiente llamado Guayanay, padre de Atau, quien a su vez engendró a Manco Capac, primer monarca del Perú.

A la muerte de Tumbe, le sucedió en el mando su hijo segundo: Otoya, valiente y esforzado, pero cruel, además de aficionado a las bebidas alcohólicas y otros vicios. Fueron tantos sus abusos y maldades, que un grupo de sumpeños descontentos se unieron secretamente para darle muerte y

así librar a Sumpa del tirano. Mas, Otoya fue alertado a tiempo y tomó venganza de sus enemigos, quitándoles la vida.

Un día sorprendió a Otoya un grupo de aborígenes con noticias inquietantes, habían divisado en el mar, cerca de las costas, una inmensa balsa. La tripulaban sujetos de tamaño descomunal; tan grande como dioses o demonios. El más corpulento de los sumpeños apenas alcanzaría a llegar a sus rodillas. Sus cabezas eran de tamaño de hombres pequeños. Sus bocas parecían aberturas de toneles. Tupidas selvas de cabello colgaban a sus espaldas. Cada brazo parecía un largo arbusto o una boa. Los ojos eran saltones y rojizos. En sus orejas podían caber pequeños gatos.



Vinieron de muy lejos. Y al llegar a la playa, se tendieron cuan largos eran a descansar. Sus poderosos ronquidos, ladrantes, pitantes, raspantes y rugientes, parecían una tempestad marina.

Tras descansar algunas horas, acarrearon leña arrancando de raíz arbustos y matorrales. De dos zancadas cazaron decenas de llamas, las asaron al fuego y las engulleron hasta quedar satisfechos. A prudente distancia y ocultos, temblando de terror, seguían sus movimientos los sumpeños.

En un pequeño cerro de amplia plataforma, ubicado cerca de lo que hoy es el balneario de Salinas, establecieron los gigantes su residencia, en una especie de fortaleza hecha con piedra de la zona. Desde allí partían en periódicas excursiones que arrasaban cuanto hallaban al paso: hombres, rebaños, sembríos, viviendas, todo desaparecía bajo sus plantas. Un día invadieron la residencia del cruel Otoya y le quitaron la vida.



Vista de playa Los frailes, Machalilla Ecuador

Varias veces hicieron frente los valerosos sumpeños a los gigantes. Pero fue vano sacrificio; equivalía a pelear armado con una aguja frente a alguien que llevaba una espada o una lanza.

Esos actos valientes terminaron siempre en desbandada despavorida de los naturales. En respuesta a aquella resistencia, los gigantes aumentaron su crueldad. Disgregaron a los sumpeños, obligándolos a esconderse en la montaña o en cuevas conocidas únicamente por ellos.

Y fueron tantos los crímenes de los gigantes llegados a Sumpa de quien sabe que remotas tierras. Y fueron tantos los clamores de los sumpeños, que Pachacámac, el dios a quien veneraban, amaban y temían, envió a un emisario con el encargo de salvarlos.

Vino éste armado de una flecha incandescente, con la que liquidó a los invasores. De los gigantes grandes como casas y crueles como fieras, quedaron únicamente huesos calcinados, que fueron cubiertos por la tierra. Osamentas que en diversas oportunidades han sido descubiertas por arqueólogos y atribuidas a animales que habitaron el planeta antes del Diluvio.



Con aquel acto de justicia de Pachacámac, los sumpeños recobraron su tierra y la felicidad.

LOS GIGANTES DE SANTA ELENA

Sumpa es el verdadero nombre de la punta de Santa Elena.

Cierta mañana los habitantes de Sumpa fueron sorprendidos en alta mar por unas balsas monstruosas, que dejaron desembarcar a tripulantes a quienes el agua les llegaba a la cintura y el más corpulento de los Sumpeños les llegaba a la rodilla.

Cuentan que eran tan grandes que un ojo era del tamaño de un plato pequeño, los dedos del pie cada uno era del grueso de un mangle mediano del sector, tenían cabellera larga, hasta la cintura, pero como contrario, no tenían ni un pelo en la cara, unos traían traje de pieles, otros la mayoría traían trajes paradisíacos.

Se tendieron en la playa a descansar, agotados, se durmieron, cuando despertaron se dispusieron a preparar el desayuno para lo que recogieron leña para avisar el fuego, leña que fue tomada de las palmas y árboles que estaban sembrados a orilla del mar, en un satiamen armaron la fogata, a continuación fueron en busca de un atado de gallinas que encontraron más adelante y se las engulleron de un bocado, se notaba que tenían hambre atrasada.

Recordemos que la Punta de Santa Elena, la misma que bien llevaría el nombre de Cabo, es el punto más saliente de la costa Ecuatoriana,

Los gigantes decidieron construir ahí sus habitaciones, con rocas que era lo que abundaba en el territorio, formaron una especie de fortaleza, que estaba destinada a albergarlos.

Un día se adentraron tierra, y cayeron sobre el tirano que gobernaba a los Sumpeños, lo encerraron y murió preso, mas el pueblo no pudo alegrarse de su muerte, pues caer en manos de los nuevos tiranos resultó peor.

Estos gigantes, acabaron con el rebaño, destruyeron sembríos completos, hasta auyentaron a los peces del agua, como el agua de los pozos de los Sumpeños, no les dieran abasto, labraron en las peñas profundas cisternas, donde reposan hasta hoy gran cantidad de agua cristalina y pura que invita a saciar la sed ahí.

Imaginan lo espectacular que resultó que estos gigantes enamoraran a las pequeñas Sumpeñitas.....

Los Sumpeños cansados de que estos gigantes terminaran con todo a su paso, incluidas sus mujeres, decidieron un día enfrentarlos, mas cuando los gigantes percibieron el hecho se armaron con ramas de los árboles y procedieron a perseguirlos, los Sumpeños se rindieron, no era para menos se imaginan ser perseguidas por un grupo de gente que nos doble o triplique en tamaño y grosor.

Desde entonces los gigantes precabidos, decidieron acabar con todo Sumpeño que en broma o en serio intentara revelarse ante ellos, pero cuenta la historia que un día del cielo se oyó un trueno, era Pachacamac, quien de un solo sablazo terminó con todos los gigantes, luego una bocanada de fuego quemó todo, y tan solo quedaron unos cuantos huesos y calaveras

...

Visión de historia de la vida en la Tierra

En la sala principal del Museo de Historia Natural “Gustavo Orcés” de la Escuela Politécnica Nacional en Quito se puede admirar la magnífica exhibición de la historia evolutiva de la vida en las diferentes eras geológicas de la Tierra: Proterozoica, Paleozoica, Mesozoica y Cenozoica y cada uno de sus períodos. Una magnífica pintura mural resume la historia de la vida en sus más diversas formas, las cuales han sido reconstruidas a partir de los fósiles; a la vez que se exhiben piezas auténticas como la del mastodonte *Haplomastodon chimborazeae*, megaterio *Glossoterium wegneri*, tigre de dientes de sable *Smilodon* ... que datan del Pleistoceno. Además las reconstrucciones del bosque petrificado de Puyango ubicado entre las provincias de El Oro y Loja; los hallazgos y recuperación de piezas paleontológicas del cantón Bolívar en la provincia del Carchi; o como se habría hecho en Alangasí y la quebrada de Chalán en la provincia de Chimborazo, que, con Santa Elena, son los principales yacimientos fosilíferos del Ecuador. (El nombre de “Gustavo Orcés” que lleva el museo se debe al primer zoólogo ecuatoriano quien trabajó en la Escuela Politécnica y en la Universidad Central del Ecuador y es el referente científico de los zoólogos del país).

Tras las huella del pasado

El Museo Ecuatoriano de Ciencias Naturales ubicado en el parque La Carolina de Quito exhibe una interesante muestra de la megafauna del Pleistoceno, cuyo mayor representante es una réplica completa y en tamaño real del mastodonte *Haplomastodon chimborazeae*, de 6 m de largo y 3 de alto. El ejemplar que se exhibe en el museo ha sido reconstruido a base de las piezas encontradas en Bolívar, provincia del Carchi, por el equipo de paleontólogos de las universidades de Florencia y Pisa, y el equipo de técnicos de MECN entre 1989 y 1997. En este período encontraron fósiles de mastodontes, milodontes, y microfósiles de roedores y otros mamíferos, de una antigüedad estimada entre 20 y 10 mil años, con lo cual se enriqueció el patrimonio paleontológico de país. El museo expone fósiles de aminitas, troncos fosilizados.

Encuentro con el perezoso gigante

En la reciente visita a la provincia de Santa Elena fue grato visitar el pequeño museo Arqueológico y Paleontológico, de la Universidad Peninsular UPSE que está conformado por una colección de fósiles de grandes mamíferos así como testimonios de la presencia de seres humanos en la región sur litoral. A partir de los primeros hallazgos en el año 2003 la UPSE estableció un programa de investigación, rescate y difusión de rico patrimonio arqueológico y paleontológico.

Lo más relevante de la muestra es la megafauna del Pleistoceno conformada por varios especímenes que testimonian la existencia de los grandes mamíferos que vivieron en Sudamérica entre 50.000 y 8.000 años. La leyenda de los gigantes de Sumpa que fue relatada por Cieza de León en sus Crónicas del Perú (1553) se vuelve realidad en el museo denominado MEGATERIO (Bestia Gigante). La verdadera historia está aquí... Al recorrer la sala del museo el visitante se puede maravillar con el megaterio gigante casi completo, de la especie *Eremotherium laurillardi*, enorme xenartro o edentado de la familia Megatheriidae de 4-6m de alto y 4 ó 5 toneladas de peso. Este fue nuestro sorprendente encuentro con el milodón o perezoso gigante que habíamos conocido por la literatura científica; es mucho más grande que el milodón que habitó en la región andina. En el museo se exhiben varias piezas del mastodonte de la Costa *Stegomastodon*, fue un gran proboscideo de la familia Gomphoteriidae que habría tenido 4 toneladas. El museo exhibe también piezas del carapacho del armadillo gigante *Glyptodon* de la familia Glyptodontidae; de los équidos nativos de América *Hippidium*, un caballo de aproximadamente 400 kilogramos, *Equus santa-elenaei* un caballo más reciente emparentado con el caballo actual; *Macrauchenia* una gran bestia parecida a la llama o al camello pero con una trompa más grande que la del tapir de 1 tonelada de peso; el camélido antecesor de la llama actual *Paleolama*, entre otros.

Todas las piezas paleontológicas proceden de depósitos fosilíferos de la región peninsular de Santa Elena que fue el hábitat de una abundante megafauna. Los fósiles tienen color oscuro por estar impregnados de brea; pues fueron extraídos de campos hidrocarbúricos de la península de Santa Elena. (Los yacimientos de la península fueron

los primeros en ser explotados en el país y continúan produciendo desde aquella época, por lo que también continúa operando la refinería de La Libertad).

Aproximación paleoecológica regional

Las características de la fauna antigua y la demanda de alimentos para los grandes herbívoros llevan a imaginar las condiciones ecológicas de la península de Santa Elena en el Pleistoceno; pues habría sido una enorme llanura cubierta de vegetación herbácea y una gran sabana cubierta de gramíneas, arbustos y árboles que en conjunto habrían conformado un ecosistema bastante productivo. Cambios climáticos fuertes debieron ser determinantes para la sustitución de esa exuberante vegetación por la vegetación actual de la península de Santa Elena que es de tipo matorral desértico y subdesértico tropical y monte espinoso tropical. Ese debió ser el escenario ecológico que sustentó a los grandes mamíferos antiguos cuyos testimonios fósiles exhibe el museo Megaterio de la UPSE.

2013

GIGANTES DE SUMPA

En la actual península de Santa Elena llamada Sumpa en tiempos prehistóricos, gobernaba el Cacique "*Tumbe*" y a su muerte lo sucedió su hijo segundo "*Otoya*", que dejóse llevar por los más bajos, sentimientos y tiranizó a la región convirtiendo a los pobladores en víctimas de sus excesos. Los hombres realizaban trabajos forzados y las mujeres engrosaban su harén, pero una mañana divisaron enormes balsas que se acercaban a la playa y fondearon en medio mar; de ellas bajaron enormes hombres que al tocar el agua aun sobresalían de la cintura para arriba y caminando a la playa se acostaron a reposar y roncaban tan alto y fuerte que por poco desgajaban las ramas de los más cercanos árboles, (1)

ANDANZAS DE LOS GIGANTES

Horas después y ya despiertos, no encontrando cosa alguna de comer en los alrededores, fueron a un prado cercano y dieron buena cuenta de más de cien llamas, tomaron de las patas y las mataron en un santiamén. Con troncos de mangles hicieron una fogata, medio cocinaron sus carnes y las devoraron. Bien se conocía que llegaban con hambres atrasadas porque no contentos con eso arrasaron con frutas, verduras y legumbres en un radio de dos kilómetros a la redonda, sin encontrar seres humanos, porque los sumpeños habían tenido la buena idea de subirse a los más lejanos árboles, a contemplar la escena.

(1) La leyenda de los gigantes de Santa Elena se funda en el mito de una invasión muy antigua, posiblemente de origen Chimú, procedente del norte del Perú, donde existían indios de gran talla y corpulencia.

El mejor plantado súbdito de Otoyá no llegaba ni a la barbilla de un gigante, cuyos dedos eran del grosor de un tronco de guasango y desde ese día pasaron a ser esclavos de estos nuevos señores, iguales o peores que Otoyá, quienes construyeron fortalezas de grandes dimensiones desde donde salían en sucesivos viajes a devastar los contornos, acabando con sembríos, rebaños y poblaciones para satisfacer su voraz apetito. Nada les llenaba, una sementera era poca cosa, necesitaban más y como eran jóvenes y juguetones, cierto día apresaron a Otoyá y en son de broma le dieron muerte cruel y así terminó este desgraciado príncipe.

VORACIDAD DE COMER Y BEBER

También fabricaron redes para pescar cientos de peces en cada ocasión, alejando los cardúmenes de Santa Elena. De un sorbo bebían el agua de los pozos construidos por los naturales y se vieron forzados a construir otros nuevos, mucho más grandes y profundos, que aún existen a la entrada de la población. Y así, en estas andanzas, los gigantes vivieron algunos meses sin problemas hasta que notaron con cierta desazón que se habían olvidado de traer a sus mujeres, a las que posiblemente dejaron abandonadas en alguna otra zona del planeta e iniciaron una sistemática persecución entre las hijas de los habitantes de la península, que no sabían qué hacer con estos incómodos huéspedes. (2).

Ignoro y ni siquiera llego a imaginar como habrá sido el amor entre tan descomunales seres con las mujeres de la región. Los antiguos aseguraban que el más simple abrazo las trituraba como obleas y que una mínima caricia les rompía los huesos. Lo único cierto es que la cosa no progresó por imposibilidad física, y entonces los gigantes, lejos de conservarse castos y puros, se dedicaron a hacer el amor entre ellos, a vista

(2) Hasta aquí se ha seguido los relatos originales conservados a través del cronista **José Gabriel Pino Roa entre otros**, de la población, con lo que incitaron a la divinidad en su cólera y cierta mañana, memorable en los anales de la región de Santa Elena, Dios se dignó componer el error cometido al enviar a los gigantes para libertar a los sumpeños de Otoyá, mandando esta vez al Arcángel San Miguel con su espada de fuego, que exterminó a los intrusos rápidamente, volviendo las cosas a la normalidad.

ORIGEN DE LA LEYENDA

Desde los albores de la conquista española numerosos habitantes de la zona de Santa Elena al arar las tierras de sembrío descubrían enormes muelas, quijadas, costillas y osamentas que atribuyeron a restos humanos prehistóricos. Nada más fácil que achacar estos huesos a seres enormes fallecidos en remotas épocas y así surgió la leyenda de los gigantes, recogida por Cronistas de tanta importancia como Agustín de Zarate, Cieza de León y los padres Acosta y Oliva, para mencionar solamente a unos cuantos.

En 1736 el Sargento Mayor Juan del Castillo llevó a Quito una singular muela de cinco libras de peso, igual a la de un hombre, pero mucho mayor. Esta muela formó parte de una valiosa colección de fósiles hallados en Santa Elena y no hubo títere con cabeza en la ciudad capital que se quedara sin contemplar y palpar tan descomunal pieza dentaria, nunca vista ni soñada y nadie dudó que hubiera pertenecido a un gigante.

El propio del Castillo exhibía en su poder una certificación notarial obtenida en Guayaquil, donde se informaba que la quijada de donde sacó tal muela media tres cuartas partes del tamaño del cuerpo de un hombre normal.

Otro descubridor de muelas prehistóricas en Santa Elena fue el Capitán Juan de Olmos, que concluyó sus observaciones asegurando la existencia de seres gigantescos cuyo porte sobrepasaba a cuatro hombres. Igualmente, en 1550, se descubrió cerca de la actual población un lote de muelas de una libra cada una y tuvo varias en su poder el cronista Oliva.

Mas la moderna investigación ha llamado a desengaño a los estudiosos de nuestro folclor, porque habiéndose enviado a Europa y Norte América estos restos, nos han venido como única respuesta que son de una especie extinta de "mastodonte andinun", cuyo peso y tamaño concuerda con la talla atribuida a los gigantes y debieron existir en gran número, en la época terciaria hasta principios de la cuaternaria, por aquella zona.

LOS GIGANTES EN ECUADOR!***QUITUMBE!*** TUMBEZ!*** PALENQUE Y
MACUL!*** NOMBRE DEL MORUECO!*** CONSTELACION DE ARIES EN EL SODIACO
DE BABILONIA!*** LUCAM!***, ALOAG!***NAPATA!***CONSTELACION DE ORION
NUBIA-CARAK!*****Los Gigantes de Sumpa En tiempos muy lejanos, tan distantes
que ni el más viejo de los narradores de cuentos y leyendas podría precisar, había en la población de
Sumpa (lo que hoy es el cantón de Santa Elena) una especie de rey o cacique, muy admirado y
respetado por su valentía y talento, a quien llamaban TUMBE.

Dicen las leyendas, que inmediatamente acabado el Diluvio Universal, llegaron a Sumpa algunos de
los primeros hombres que repoblaron la Tierra. Y como la encontraron buena para la vida humana y
pródiga para la agricultura y pesca, se establecieron desde la orilla del mar, hasta bien avanzado el
interior.

Tumbe tenía dos hijos, Quitumbe y Otoya. Como era un gobernante emprendedor y ambicioso,
envió en expedición a Quitumbe, con el encargo de descubrir nuevas tierras y añadirlas a su reino. Y
Quitumbe las descubrió, tanto al norte, como al sur. Fundó el pueblo de Tumbes y puso los
cimientos de algunas ciudades importantes como la que después sería la bella

Quito!

Catari, un antiguo narrador de historias, de esos que antes de la llegada de los españoles eran
llamados quipucamayos, afirmaba que Quitumbe dejó un descendiente llamado Guayanay, padre de
Atau, quien a su vez engendró a Manco Capac, primer monarca del Perú.

En un pequeño cerro de amplia plataforma, ubicado cerca de lo que hoy es el balneario de

Salinas., establecieron los gigantes su residencia, en una especie de fortaleza hecha con piedra de la
zona. Desde allí partían en periódicas excursiones que arrasaban cuanto hallaban al paso: hombres,
rebaños, sembríos, viviendas, todo desaparecía bajo sus plantas. Un día invadieron la residencia del
cruel Otoya y le quitaron la vida.

Varias veces hicieron frente los valerosos sumpeños a los gigantes. Pero fue vano sacrificio;
equivalía a pelear armado con una aguja frente a alguien que llevaba una espada o una lanza.

Esos actos valientes terminaron siempre en desbandada despavorida de los naturales. En respuesta
aquella resistencia, los gigantes aumentaron su crueldad. Disgregaron a los sumpeños, obligándolos
a esconderse en la montaña o en cuevas conocidas únicamente por ellos.

Vino éste armado de una flecha incandescente, con la que liquidó a los invasores. De los gigantes
grandes como casas y crueles como fieras, quedaron únicamente huesos calcinados, que fueron
cubiertos por la tierra. Osamentas que en diversas oportunidades han sido descubiertas por
arqueólogos y atribuidas a animales que habitaron el planeta antes del Diluvio.

Con aquel acto de justicia de Pachacámac., los sumpeños recobraron su tierra y la felicidad!***

Delia Gomezcoello

— con [Delia Gomezcoello](#).